

Andrés el Capellán ante el fenómeno del *amor cortés* en la Edad Media

Nicolás Martínez Sáez

Resumen: Durante el siglo XII, un fenómeno nuevo aparece en el corazón de la sociedad feudal poniendo de manifiesto un movimiento secular que preocupará a los hombres de la Iglesia. El *amor cortés*, como ha sido popularizado posteriormente, representa una afirmación terrenal frente al ascetismo eclesiástico encarnado en la rústica Europa medieval. El nuevo fenómeno tendrá como portavoces a los trovadores y juglares que recorren los caminos y cortes medievales renovando el espíritu clásico ovidiano. En este contexto, Andrés el Capellán escribirá *De amore*, un tratado en donde se traslucirá el conflicto entre el punto de vista de la sociedad y el de la Iglesia.

Palabras clave: Andrés el Capellán, Ovidio, Amor cortés, *De amore*, Edad Media.

Abstract: A new phenomenon occurs in the feudal society's heart revealing a secular movement that preoccupies clergymen in the 12th century. Courtly love, as has been popularized then, represents an earthly claim against the ecclesiastical asceticism embodied in the rustic medieval Europe. The speakers of this phenomenon will be the troubadours and minstrels who travel the roads and medieval courts reviving the classical ovidian spirit. In this context, Andreas Capellanus writes *De amore*, a treaty which will focus in the conflict between the point of view of society and the Church.

Keywords: Andreas Capellanus, Ovid, Courtly Love, *De amore*, Middle Age.

Una novedad histórica

Algunas regiones de Europa, y en particular el sur de Francia, adquieren en el siglo XII características claves para comprender el surgimiento de un fenómeno histórico que influirá a lo largo de los siglos en toda la cultura occidental. El fenómeno fue popularizado con el nombre de *amor cortés* por Gastón París en un artículo sobre la novela de Chrétien de Troyes, *El Caballero de la carreta*. Tan relevante parece esta novedad histórica que, en palabras del crítico literario C. S. Lewis, el Renacimiento, comparado con el *amor cortés*, no es más que una ligera ondulación en la superficie del océano de la literatura¹.

¹ C. S. LEWIS, *La alegoría del amor*. Estudio de la tradición medieval, Buenos Aires, Eudeba, 1969, p. 3.

¿Cuáles son aquellas condiciones que permitieron el surgimiento de este fenómeno? Hacia inicios del siglo XII, Europa vive un período de relativa paz que permite el crecimiento de la actividad comercial y el surgimiento de una primitiva burguesía, la recomposición de la vida urbana luego de muchos siglos de la preponderancia de un estilo de vida religiosa, agraria y rústica. Se refinan las costumbres y se resquebraja el arquetipo de hombría, hasta entonces encarnado en la figura del guerrero, dando lugar al trovador o juglar que recorre las cortes y los caminos seduciendo con sus poemas a las altas damas medievales. La literatura también da cuenta de este movimiento. El lector culto medieval relee las obras didáctico-amorosas del poeta romano Ovidio, en tanto deja de lado las épicas guerreras como las de Virgilio. Es por esta razón que algunos historiadores han propuesto dividir la Edad Media en dos épocas: la *aetas virgiliana* hasta el siglo XII y la *aetas ovidiana* a partir del mismo siglo en adelante. Desde el punto de vista filosófico, a todo este movimiento urbano lo acompaña el surgimiento de la doctrina dialéctica, que tiene como objeto la búsqueda de vías de diálogo entre fe y razón, la posibilidad de confirmación de la fe por medio de la razón y la utilización de la lógica frente a los posicionamientos fideístas, convencidos en que la duda y el cuestionamiento racional no eran más que productos del demonio.

La Iglesia medieval y la atmósfera cristiana del siglo XII han sido repetidamente vinculadas al surgimiento del *amor cortés*. El profesor francés Jacques Lafitte-Houssat ha señalado que la Iglesia medieval prestó a la sociedad un gran servicio al orientar hacia el bien el ardor de los guerreros, introduciendo cambios en sus costumbres. Aprovechando su miedo al infierno y al diablo, los amenazó con el arma terrible de la excomunión. El clero bendijo las armas de los guerreros obteniendo el juramento de que aquellas sólo se utilizarían con los enemigos de la Iglesia y que en lo sucesivo se pondrían al servicio de los débiles, los pobres y las mujeres². Por otro lado, habría que señalar qué relación pudo existir entre toda esta poesía amatoria y laudatoria hacia la mujer y el especial culto a la Virgen María. Denis de Rougemont ha sugerido que frente a este culto a la mujer terrenal, la Iglesia y la clerecía habrían tratado de convertir este sentir colectivo hacia un posicionamiento ortodoxo. De ahí, afirma el ensayista, que fueran tan notorias las tentativas, desde el siglo XII, de instituir el culto a la Virgen María³. El

² Jacques LAFITTE-HOUSSAT, *Trovadores y cortes de Amor*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, pp. 14-15.

³ Denis DE ROUGEMONT, *El amor y Occidente*, Barcelona, Kairós, 1984, p. 116.

mismo Lewis advierte que es muy posible que la tonalidad de algunos cantos a la Virgen se hubiera copiado de la poesía amorosa⁴. Este culto recupera características centrales del *amor cortés*: el amor distante y su actitud servicial ante una dama carnalmente inaccesible. La Iglesia aprovecharía esta situación para afianzar la idea que la castidad es un modo de vida superior al del matrimonio, aunque siguiera manteniendo como válida la sugerencia de san Pablo de que más vale casarse que quemarse por dentro⁵.

¿Cómo funciona y se desarrolla este *amor cortés* en el mundo medieval feudal? El historiador francés G. Duby ha explicado la dinámica típica del *amor cortés*: un hombre “joven” en ambos sentidos de la palabra, es decir, sin esposa legítima y con una educación no concluida, asedia a la dama dentro del castillo; ella es una mujer casada, en consecuencia, inaccesible para una sociedad medieval en donde el linaje y la herencia funcionan como mecanismos prohibitorios, y donde el adulterio de la esposa era tenido como la peor de las subversiones⁶. El *amor cortés* es un juego educativo, un juego donde el hombre pule sus modales, contiene sus impulsos y desarrolla estrategias de seducción mientras la dama se resiste a ceder al amante arriesgando su propia vida en caso de ser descubierta por su marido.

Este *amor cortés* no hace más que poner en crisis el modo en que las relaciones entre hombres y mujeres eran reguladas dentro del orden feudal medieval. Lewis explica que dos cosas impidieron a los hombres de aquel entonces relacionar su ideal de amor romántico y apasionado con el de matrimonio: primero, la organización de la sociedad feudal donde el matrimonio no tenía nada que ver con el amor, sino con un interés cambiante y el arreglo entre familias que negociaban los candidatos para el matrimonio; segundo, la mentalidad medieval en general, donde el amor apasionado era visto como perverso en sí mismo y ni siquiera dejaba de serlo si su objeto era la esposa legítima⁷. Son notables las disputas acerca de la pasión, la sexualidad inocente, el deseo y el acto sexual, entre los hombres de la Iglesia. Nadie afirmaba que el acto fuera intrínsecamente pecaminoso, pero todos los eclesiásticos concordaban en que había, a partir de la Caída, un elemento de culpa. Lo que se disputaba era dónde estaba esa culpa, si en el acto, en el deseo o en algún otro lugar.

⁴ C. S. LEWIS, *La alegoría del amor*, p. 7.

⁵ Cf. 1 Co 7, 9.

⁶ Georges DUBY, *El amor en la Edad Media y otros ensayos*. A propósito del llamado amor cortés, Madrid, Alianza, 1992, p. 67.

⁷ C. S. LEWIS, *La alegoría del amor*, pp. 11-12.

Andrés el Capellán y la crítica al *amor cortés*

Frente a este nuevo fenómeno, Andrés, un capellán del Rey de Francia y del que poco o nada se sabe, escribe en el siglo XII una obra llamada *De amore* (traducida habitualmente al español como *Libro del amor cortés*), compuesta por tres libros; en los dos primeros expone la doctrina del amor cortés y reserva el último para realizar una virulenta crítica a todo lo dicho con anterioridad. El libro está dedicado a un tal Gualterio, de quien no se conoce si existió, o quizás, puede haber sido un personaje ficticio como era costumbre en la literatura antigua y medieval. Gualterio es un joven que se muestra interesado en conocer la doctrina del amor.

Andrés, como lector de la poesía didáctico-amorosa de Ovidio, retoma muchas de las ideas y consejos del poeta romano. En la primera parte de su obra, define el amor como lo había hecho el mismo Ovidio: una pasión innata que nace de la visión de la belleza del otro⁸. Para el capellán, el amor sólo puede darse entre personas del mismo sexo, la obsesión del placer lo destruye, y hay varias formas de conseguirlo: la belleza, la integridad de costumbres, la facilidad de palabra, la abundancia de riquezas y la prontitud para responder a las exigencias⁹. Si bien Andrés reconoce que estas cinco formas son las fijadas por la doctrina común del amor, considera que sólo las tres primeras son posibles según su propia doctrina. Así, dirá que la belleza no atrae si carece de bondad y la integridad moral es lo único que hace que el hombre se enriquezca. El capellán presenta, seguidamente, una serie de conversaciones entre hombres y mujeres de distinto rango social: plebeyos y plebeyas, hombres y mujeres de la nobleza y de la alta nobleza. En ellos pretende determinar las formas efectivas para conseguir el amor, un amor siempre vinculado a situaciones de adulterio y por ello, siempre distante y lleno de obstáculos y dificultades. Las mujeres en cuestión son de diferente rango pero todas son mujeres decentes, a las cuales, el hombre que quiera conquistarlas deberá hacerlo con un refinado arte de seducción. A las ramerías, en cambio, y según dice el capellán, basta hablarles de amor inmediatamente luego del saludo.

En los diálogos se ponen en evidencia las estructuras rígidas de la sociedad medieval, aunque los flechazos del Amor no parecen tener en cuenta cuestiones de sangre o belleza física. Algo, sin embargo, parece claro en los

⁸ Andrés EL CAPELLÁN, *Libro del amor cortés*, Madrid, Alianza, 2006, p. 29.

⁹ Andrés EL CAPELLÁN, *Libro del amor cortés*, p. 39

diálogos presentados por el capellán: el hombre, sin importar su clase, se pone al servicio de la mujer tanto plebeya como noble. Cuando entre ellos surge una diferencia de opinión, lo resolverán como un litigio acudiendo a alguna dama noble y sabia en asuntos del amor. Cuando un hombre de alta nobleza y una mujer noble tuvieron una diferencia acerca de la posibilidad de que se dé el amor dentro del matrimonio y sobre si los celos son garantía del mismo, escriben una carta a María, condesa de Champaña e hija de Leonor de Aquitania y Luis VII, rey de Francia. La condesa les contesta dando una solución a su conflicto: el amor sólo se da al margen del matrimonio y los celos son propios entre los enamorados, y no entre los esposos, que se deben por ley mutuas satisfacciones.

Es en el último diálogo donde el capellán parece intentar buscar un punto de armonía entre la religión y el *amor cortés*. El diálogo es entre un caballero, que es un clérigo en matrimonio con una mujer, y una dama de alta nobleza. La dama inicia su diálogo partiendo de una condena explícita al amor por ser causa de tormentos y angustias que ofenden a Dios. El caballero-clérigo le recuerda el mensaje de san Pablo acerca del matrimonio como alternativa a aquellos que no puedan entregarse por entero al amor a Dios y señala una distinción entre dos tipos de amor: el “amor puro”, aquel que incluye besos en la boca, abrazos y contacto físico, pero que, sin embargo, no alcanza el placer último, y el “amor mixto”, que apunta a todos los placeres de la carne y termina en el último acto de Venus. El primero crece infinitamente y nadie que lo ha practicado se arrepiente ni rompe su matrimonio. El segundo, efímero y culposo, causa daño al prójimo y ofende al Rey celestial. El clérigo dice preferir el primero, aunque reconoce que el segundo es el verdadero amor del cual emergen todos los bienes y también todos los peligros. No por ser clérigo, afirma, está menos expuesto a los estímulos de la carne y los agujijones del pecado. Llega a concluir, de manera sorpresiva, que para amar es mejor elegir a un clérigo que a un laico, ya que es mucho más prudente y cauto en los asuntos del amor. La dama le responde en tono crítico que el amor busca coraje, valentía y espíritu guerrero y que tales características no caracterizan a un clérigo que se viste de manera afeminada y vive entregado al ocio y a los placeres del vientre. Las últimas intervenciones de ambos personajes parten de la duda de si una mujer puede repartir su cuerpo entre un amante al que desea y otro al que rechaza, dividiéndolo en una parte superior y una parte inferior. Se pondrá en juego una metáfora del edificio, que nos hace recordar a la misma utilizada en el argumento marxista de la estructura-superestructura, donde la mujer elegirá la parte inferior

por ser el fundamento, tal como sucede en los edificios seculares, de lo más digno y noble. El clérigo, por su parte, dirá que la lógica del amor pide que se consigan primero, y tras muchos juegos, los placeres de la parte superior para llegar gradualmente a los inferiores.

En todos los diálogos presentados en el primer libro de Andrés, las mujeres se niegan a ser infieles a sus maridos, mientras los hombres, sin importar su condición social e incluso algunos de ellos clérigos, no se detienen en sus requerimientos amorosos. Ante ciertas disputas, se solicitan las sentencias de mujeres versadas en la doctrina del amor, una doctrina secular, que entre otras cuestiones, señala que el amor sólo es posible de una manera adúltera, secreta y donde los celos mantengan la tensión en la distancia entre los enamorados.

Es en el último libro donde Andrés expone la crítica más dura a la doctrina del amor y a las mujeres. Si en los libros anteriores se sirvió de una explicación mitológica y descriptiva del *amor cortés* y explicó las maneras efectivas para conquistar a una mujer, ahora transmitirá a Gualterio las valoraciones morales acerca de tal doctrina. Pondrá en evidencia la incompatibilidad que la tradición cristiana impone entre los servicios a Dios y los placeres del amor terrenal. El capellán aportará una gran cantidad de razones del porqué se ha de rechazar el amor: rompe matrimonios y amistades, esclaviza al hombre y lo convierte en un ser egoísta, es causa de toda enfermedad física y motivo de pérdida de la sensatez. Seguidamente, le reserva un párrafo dedicado a la mujer, que no parece dejar lugar a dudas acerca de su postura hacia el otro sexo:

“Añádase a esto que la mujer no sólo es avariciosa por naturaleza, sino también envidiosa, maldiciente, ladrona, esclava de su vientre, inconstante, de doble palabra, desobediente, respondeña contra todo lo prohibido, tocada del vicio de la soberbia y ávida de vanagloria, mentirosa, borracha, charlatana, incapaz de guardar un secreto, lujuriosa en exceso, dispuesta a todos los vicios y sin un amor verdadero al hombre”¹⁰.

Andrés le explica a Gualterio que la doctrina que le ofrece en ese pequeño librito presenta dos puntos de vista diferentes: la primera parte atiende a llevar a la total satisfacción los placeres del cuerpo siguiendo la doctrina del amor, pero viéndose privado de la gracia de Dios, de la compañía de los

¹⁰ Andrés EL CAPELLÁN, *Libro del amor cortés*, p. 252.

buenos y de la amistad de los varones respetables. Andrés insta a Gualterio a aceptar la verdadera doctrina, que es la doctrina de la salvación, y a rechazar las vanidades del mundo.

Conclusiones

El *amor cortés* en la Edad Media representa un fenómeno secular que toma innumerables elementos de la atmósfera cristiana de su tiempo y, quizás, como ha sugerido Denis de Rougemont, también de algunas herejías religiosas¹¹. La poesía amatoria, expresada en una lengua vulgar e influenciada por la exegética religiosa y el orden jurídico de su época, tiene como portavoz de su lírica a sujetos individuales que emergen frente al predominio de los cantos y relatos anónimos y guerreros de la Edad Media. El mismo Andrés advierte que el amor disminuye la potencia del cuerpo de los hombres en combate¹². El espíritu urbano, amoroso y refinado de Ovidio se opone a la rural, guerrera y ruda sociedad feudal. Lo refinado y lo vulgar, lo espiritual y lo carnal, lo urbano y lo rural pueden ser algunas categorías dicotómicas útiles, pero siempre insuficientes, para aproximarse a un universo histórico y social tan complejo como el medievo. Toda una semántica, de base religiosa y vinculada al amor a Dios, pasa a tener un sentido concreto y terrenal: el trovador le pide a la dama que le entregue su amor para poder lograr su *salvación*; la dama *promete* entregarse y, de esta manera, difiere el amor; el trovador *esperará* con *fidelidad* y *castidad*. Los términos “Promesa”, “Espera” y “Salvación” adquieren un profundo y nuevo significado para los hombres y mujeres medievales.

El *amor cortés* es el precursor de cualquier secularización del amor a Dios. El siglo XII coincide, por un lado, con los refinamientos más sofisticados de una sociedad que avanza hacia la urbanidad y la armonía entre fe y razón y, por el otro, con la existencia de actitudes eclesíásticas conservadoras que intentan imponer sus doctrinas acerca de los vínculos entre hombres y mujeres. El *amor cortés* dejó una huella indeleble en todo Occidente, un punto de no retorno en por lo menos tres aspectos: en el trato cortés hacia la mujer frente a la habitual demonización, en el nuevo arquetipo de masculinidad que resquebraja el mantenido por lo menos desde la Grecia antigua y en el triunfo del matrimonio por amor frente a los vínculos forzados, pactados u obligados.

¹¹ D. DE ROUGEMONT, *El amor y Occidente*, p. 104.

¹² Andrés EL CAPELLÁN, *Libro del amor cortés*, p. 249.